

LA PROTESTA

Precio 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

Porte pago

U. Telefónica 478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

Estado y capitalismo

La idea central del marxismo se basa en la realización de una sola conquista: la del Estado. Y el Estado, en un régimen de colectivismo — o de comunismo autoritario — debe ser el resumen y la síntesis de todas las actividades colectivas: el poder centralizado, ejerciendo funciones jurídicas y económicas, sin permitir la existencia de ideas contrarias a su absolutismo indiscutible.

Por un trastoramiento de papeles y una lamentable confusión de conceptos, el socialismo reivindica las viejas concepciones del absolutismo divino, elevando al Estado a la categoría de infalible deidad. Y poco importa que modifique el medio o los elementos de que se vale para llegar a esa conclusión antilibertaria: en nombre de dios o del pueblo, alegando derechos dinásticos o simples resultancias de la "soberanía popular", igualmente impersonal e irresponsable, los gobiernos son siempre tiranos y opresores y en ningún momento pueden ajustar su conducta a una concepción de justicia y de equidad.

Los socialistas, que se clasifican en reformistas y revolucionarios, tienen un concepto hermético de la libertad. Mejor dicho, no conciben la libertad fuera de su constreñimiento a la ley (como una manifestación propia del individuo y un producto de su cultura), porque para ellos la sociedad lo es todo y a ese conjunto de errores, de mentiras y de supersticiones deben sacrificar su libertad los que no están conformes con lo que impone todo ese cúmulo de arbitrariedades y de ciegos egoísmos. Se explica, pues, que para los llamados comunistas (que no son más que reformadores disfrazados de revolucionarios), el Estado sea la única consecuencia de la revolución rusa y la suprema concreción del ideal de justicia y de igualdad sociales. Si el sùmum del perfeccionamiento humano, para ellos, reside en esa vuelta al despotismo (que en vez de teológico es ateo, pero igualmente arbitrario), al Super-Estado, que elimina los poderes secundarios para crear un poder omnímodo e infalible ¿cómo no van a sostener que la revolución rusa ha culminado una de las más grandes conquistas del pensamiento humano?

Para los socialistas autoritarios, la revolución debe equiparar el progreso político al económico, estableciendo entre ambos una correlación de hechos que no signifiquen una diferencia fundamental entre esas dos manifestaciones del genio humano. Llegan así, por sucesivos avances, a nivelar el poder económico del capitalismo con la potencia jurídica del



COLMADA LA PACIENCIA

Dibujo de Käthe Kollwitz

Estado, y a esa altura realizan — siempre en teoría — la fusión de los dos elementos de progreso: capital y trabajo, rodeando esa amalgama con la estructura de su Estado. Eso es lo que los socialistas llaman capitalismo de Estado en oposición al Estado capitalista — y a cuyos resultados pretenden que llegó la revolución bolchevique.

Nosotros hemos sostenido — y seguimos sosteniéndolo aún hoy, pese a la "experiencia rusa" — que el capitalismo de Estado es un sofisma. En Rusia, pasado el período de destrucción del capitalismo, vuelto el poder a manos de una autoridad, reconstruido el Estado, renace el capitalismo, en sus formas clásicas: propiedad privada, monopolio, privilegios individuales y régimen del asalariado. El Estado, a la vez que aumenta en autoridad, a la vez que adquiere potencia como fuerza política, facilita la descentralización económica, tiende a dar nuevas posibilidades de desarrollo al capitalismo privado. Y aún en sus funciones administrativas, como factor de obras públicas y de beneficio general, el Estado pierde terreno ante el avance del capitalismo que hoy tiene en sus manos el manejo de todos los instrumentos de producción, comercio y consumo.

En Rusia, bajo el régimen bolchevique, el capitalismo vuelve a recobrar toda su excepcional importancia. Y ese fenómeno de regresión — de retorno al punto de partida — se debe principalmente a la existencia del capitalismo de Estado. La definición de capitalismo de Estado, que supone la existencia del Super-Estado (del Estado-patrón de los colectivistas), no modifica la posición que el obrero ocupa en la so-

cialidad, puesto que se perpetúa su condición de asalariado. Pero ese hecho encarna también una fatal consecuencia. El Estado pierde su autoridad a medida que se desarrolla el capitalismo y éste llega a anteponerse y dominar sobre aquél. Con lo que se llega a la conclusión de que el gobierno, pese a su soberanía, se convierte en servidor de los capitalistas y, como buen lacayo, es duro, altanero y despótico con los que están por abajo de él: los asalariados.

La burocracia bolchevique puede que se transforme en casta capitalista. Pero el Estado que edificaron o reconstruyeron los comunistas autoritarios, no será nunca ni un Estado provisorio ni un medio de defensa de las conquistas de la revolución. Las concesiones al capitalismo niegan esa pretendida provisoriedad. El retorno al sistema de la propiedad privada y del asalariado, imperante en Rusia, pese a esa pretendida "dictadura del proletariado", son hechos que no se producen ni se improvisan para llenar una misión provisorio. Y si el capitalismo existe, si la burguesía internacional se apresta a conquistar pacíficamente a Rusia, si el Estado delega sus funciones económicas en sindicatos industriales y comerciales y los obreros pasarán así a ser los asalariados de esos consorcios capitalistas, ¿no es un hecho que el bolcheviquismo está creando el verdadero Estado burgués dentro de su Estado político?

Nosotros no preferimos el capitalismo de Estado al Estado capitalista. Constatamos únicamente que ambos términos representan la misma conclusión económica, el mismo principio arbitrario, porque el obrero

poco le puede importar que lo explote el Estado-patrón o el simple capitalista. Y sostenemos también, que en Rusia existe el capitalismo en sus formas clásicas, históricas, fomentado por el bolcheviquismo en su afán de centralizar y someter a su poder absoluto todas las actividades del proletariado ruso.

Y si la única consecuencia de la revolución es esa "experiencia marxista" y en ese resultado cifran los "comunistas" el problema de la igualdad y de la libertad, les diremos únicamente que preferimos seguir luchando, en este régimen de la burguesía y sufriendo las brutales dentelladas de sus sabuesos, a vivir en ese paraíso de la burocracia y de la "cheka" bolchevique. Y esto también a pesar de ese mote que anda en boca de los comunistas de Estado: contrarrevolucionarios...

LEY DEL TRABAJO OBLIGATORIO

Según un reciente informe telegráfico, a invitación del gobierno búlgaro se encuentra en Bulgaria un delegado de la Oficina Internacional del Trabajo de la Sociedad de las Naciones, con el fin de estudiar la aplicación de la ley sobre el trabajo obligatorio, que está en vigor en Bulgaria, desde hace dos años, y hacer un informe sobre el particular.

El aludido delegado es D. Max Lazard, secretario de la Asociación Francesa para la lucha contra el paro, y que tomó parte en la primera Conferencia Internacional del Trabajo, que se celebró en Washington, como delegado gubernamental francés. El Gobierno búlgaro ha dado al señor Lazard toda clase de facilidades para que pueda llevar a efecto sus investigaciones.

La ley de la referencia, cuyo establecimiento ha sido seguido con gran interés por otras naciones, determina que los ciudadanos búlgaros varones mayores de 20 años, y mujeres mayores de 16, deberán prestar servicio personal al Estado (12 meses los hombres y 6 meses las mujeres). Se prohíbe terminantemente ausentarse del país o cambiar de nacionalidad antes de haber cumplido con el citado servicio. Durante este, los varones habitarán juntos en edificios especiales. Las mujeres continuarán viviendo con sus familias.

En 1921, 700.000 personas aproximadamente fueron comprendidas en la ley, y gran número de ellas prestaron servicio al Estado, habiéndolo efectuado todas las clases de la sociedad. En un distrito, fué construido un acueducto y adosquinadas las calles. En otro, se plantaron unos 20.000 árboles. En una lista, publicada a fin de año, figuran los trabajos siguientes: construcción de caminos, construcción de automóviles, trabajos en la construcción de muebles de una sociedad cooperativa, tintorería, sastrería, personas de la Cruz Roja y cultivo de flores y plantas en viveros del Estado.

Para defender sus intereses y realizar planes de predomnio fuera de sus fronteras, los gobiernos mantienen al servicio militar. Ahora se agrega la militarización económica, que obliga a los trabajadores (pues los ricos sabrán eludir esa obligación al igual que eluden la militar) a producir para el Estado en un espacio de tiempo determinado. La ley del trabajo obligatorio es, en Bulgaria, lo que la ley de conscripción

LOS GRABADOS EN MADERA

El grabado en madera es una de las formas de ilustración que, desde algunos años a esta parte, está adquiriendo una gran boga entre las publicaciones europeas.

Aquí, por nuestros artistas, se hicieron algunos ensayos felices que no tuvieron mayores ecos. Después, otros se contentaron con hacer dibujos de trazos enérgicos, imitando los aspectos — nada más que el aspecto — de la xilografía.

En esto, se demostró una vez más, nuestra capacidad imitativa de jóvenes orangutanes. No teniendo el valor ni la paciencia de buscar un pedazo de madera y algunas herramientas para aprender la técnica, no del todo fácil, de la xilografía, se recurrió al facésimil, al detestable facésimil que pretende engañar con sus apariencias vistosas y, en realidad, no engaña a nadie más que a su autor.

Es que somos una colectividad sumamente superficial, de gustos artísticos muy fáciles y a la que los "marchands" extranjeros suelen timar de tiempo en tiempo, vendiéndole ciertos bríos que de arte no tienen siquiera la firma.

Pero siempre nos pagamos con el aspecto y la apariencia.



disciplina cualquiera. El grito es que, aquí "no hay ambiente para el arte". Es cierto. Una caterva de ignorantes adinerados no puede ser el mejor protector para dar impulso a las bellas artes.

A pesar de ello, hay que confesar que nunca hubo un ambiente que se hiciera solo y no fuese creado por un núcleo de individuos denodados, quienes impulsaron a los demás

agudo y ácremente caricaturesco con Vallotton. Damos aquí algunas xilografías en las que los procedimientos de técnica son completamente distintos unos de otros.

Los grabados en madera, de John Stors, que aquí se publican, escultor franco-americano, están destinados a ilustrar una edición monumental de las poesías de Walt-Whit-

do de las figuras se resiente con este propósito querido del cruce de líneas que interrumpen el contacto del blanco y el negro. Los "snobs" nos dirán que es una "manera interesante y nueva", lo cual poco nos importaría, si a pesar de ser nueva no llegase a dañar la naturalidad expresiva de la composición toda.

El grabado en madera "El Ombú" de Carlos Giambiagi,

sus ideas estéticas o morales.

Volviendo al grabado en madera diremos que es una de las manifestaciones plásticas — en nuestro concepto — más nobles y más simpáticas.

Su sabor rústico, dada la labor manual que exige, no es uno de sus menores encantos. Además, requiere en el artista una sólida preparación y un concepto claro del dibujo, ya que la limitación impuesta por la materia que emplea le obligará condensar en unos cuantos rasgos o volúmenes el

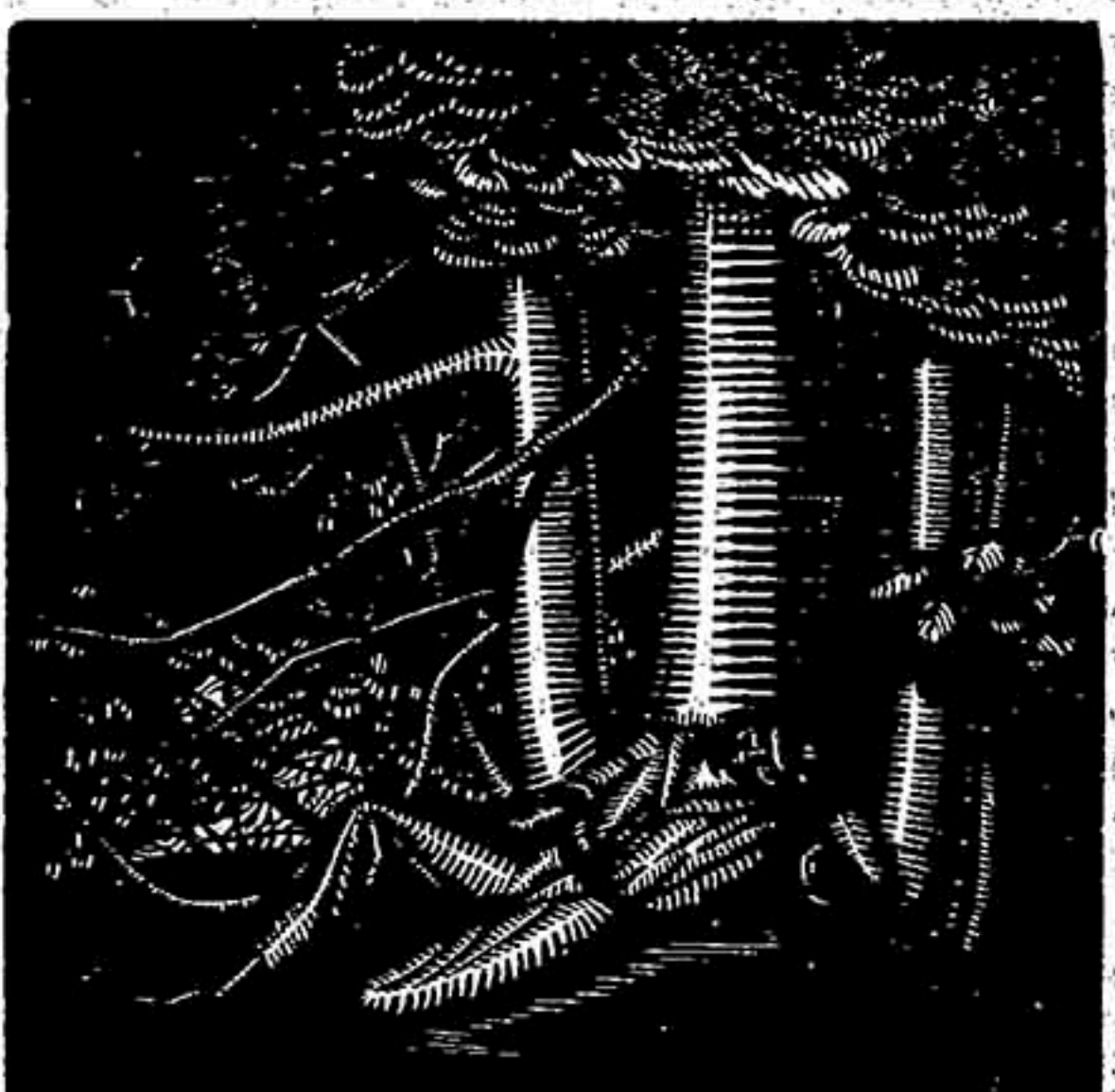


De ahí que no se pueda exigir a nuestro ambiente artístico — descontando las raras excepciones — nada serio, nada que exija un esfuerzo constante o nada que suponga una contracción profunda o una

asunto que quiera expresar. Vallotton en Francia, Cambellotti en Italia y Boux en Cataluña son xilógrafos que han ejecutado trabajos maravillosos, desde lo meramente decorativo y ornamental hasta lo

man, y en ellos se ha dedicado una preferente atención a la parte externa o formal del procedimiento. Hay virtuosismo si se quiere, y, con él, se obtiene efectos sorprendentes y novedosos. Pero el modela-

pintor argentino, en cambio, está ejecutado con una técnica libre y sólida, cuya fuerza de expresión nos comunica plenamente lo ocultamente trágico de la naturaleza. La factura de este grabado, además de ser



ordinarse a las mentes que qui- pintor, prestán- vigor y el acento

Por último publicamos también un grabado del pintor inglés Robert Gibbins, quien presenta un efecto de luna correctamente interpretado.



TOPICO VULGAR

¿Hay lucha de clases? ¿No la hay? ¿Pueden los anarquistas contrillar con sus doctrinas de humana superación las palpaciones de una lucha entre explotadores y explotados, que en apariencia sólo persigue inestables reformas materiales?

He aquí un tópico viejo que sin embargo, aporta, cada día que transcurre, nuevos elementos de convicción que no pueden ser eludidos con un simple frase convencional, a lo mejor encubridor de probables cristalizaciones ideológicas. Y el anarquismo, si bien no puede ser tan realista que calga en el fatalismo envanecido, admitiendo con carácter de inevitabilidad cuanto emerge de las formas sociales contemporáneas, tampoco puede abstraerse a ciertas evidencias elo-

cucentes que ilustran el criterio colectivo brindando materiales muy consistentes para consolidar la filosofía de su ideal. Empecemos por considerar que no hay nada estable. Todo evoluciona de acuerdo con una necesidad de conservación. La quietud del espíritu no existe como no existe la de la materia. La vida tiene su expresión en la facultad de renovarse incesantemente.

En fenómenos rudimentarios, de imperceptibles manifestaciones, germina con frecuencia el ideal del progreso, que se nutre en el largo proceso de su desarrollo de todos los elementos indispen-

sables para exteriorizarse un día en forma concreta, como la revelación de un parto feliz. Para un fácil entendimiento de las cosas que agitan nuestro cerebro, es necesario renunciar a los confusos e inabarcables problemas metafísicos. Sería difícil demostrar si la idea es anterior al hecho o el hecho a la idea. Al más paciente de los sabios encargámonos la tarea de descubrir si la gallina precede al huevo o éste a aquélla. Ya tendría para rato.

Pero sobre todo, como verdad irrefragable, que no admite dudas, el hecho consumado niega o afirma una teoría; la sanciona en sus fundamentos, o indica la necesidad de revisarla.

De acuerdo con este precepto no vemos por qué ha de rechazarse una lección de cosas, que como la lucha de clases, en vez de hacer vacilar nuestro criterio revolucionario le da carácter de inamovible.

Los grandes teóricos del anarquismo, por lo mismo que escribieron en una época en que la acción de las masas sólo se debatía dentro de un círculo demarcado estrecho, porque el industrialismo no había planteado los problemas de hoy, tenían sus motivos para desconocer o dudar de la trascendencia revolucionaria de las contiendas de clase. Por otra parte, el prejuicio antimarxista que supuso al rígido e inflexible materialista teutón erector de una tendencia, que expresa un momento histórico y no la fantasea de un intelectual, induce a muchos militantes a pronunciarse airados contra algo que creen excesivamente vulgar o negativo.

Conviene no olvidar que como factor de transformación la lucha de clases es de un valor inapreciable. Por lo mismo que cultiva una pasión creadora — el odio — ahonda el abismo entre el pasado y el presente, entre la vida que pugna por materializarse en una nueva forma espiritual y la muerte satelizada en sistemas arcaicos, ávidos de conservarse. Combatir esa pasión es colaborar inocentemente en la labor retardataria de las viejas religiones, flagelos de la voluntad, consagrados a matar los impulsos del alma popular que como ciclones incubados en el seno de la historia, se desencadenan periódicamente, haciendo estremeecer el ruinoso edificio de la sociedad actual.

No podemos, no debemos asemejarnos a los místicos, herederos tristes de edades sombrías. Por mucho que nos esforcemos en deshacer lo que los siglos han erigido entre los hombres, nunca llegaremos a resultados positivos sino usando los medios que sirvieron para someterlos. Y por más que pretendamos sustraernos a la pasión de odio que impulsó las más grandes acciones humanas en pos de etapas superiores, la necesidad de triunfar nos decidirá siempre por los recursos supremos más próximos.

Poco importa el motivo que impela la lucha de clases. Lo que conmueve y agita nuestras sensaciones más bellas es el indefectible resultado de ese eterno combate que a la postre ha de decidirse a nuestro favor, permitiéndonos realizar propósitos definidos de establecer una era mejor.

Se es consecuente con este afán solo cuando se acompaña a los combatientes,

Cartas sobre los acontecimientos de Rusia

PRIMERA CARTA

El nombre de Volin está íntimamente ligado a los grandes acontecimientos de la revolución rusa. Anarquista de pensamiento y de acción, supo empuñar la pluma para definir los principios revolucionarios y defenderlos del peligro demagógico y del absolutismo bolchevique, y cuando la contrarrevolución amenazó las conquistas del proletariado, no vaciló en empuñar el fusil para defender esos mismos principios frente al enemigo común.

Su personalidad y la obra desarrollada en Rusia en el período álgido de la revolución, le ponen al abrigo de toda sospecha. Pero a pesar de su actitud en los momentos difíciles para el proletariado — cuando la contrarrevolución amenazaba barrer con todo — y el bolcheviquismo demostraba su incapacidad para contener las hordas de Denikin, Yudinich, Kolchok, Wrangel y demás mercenarios al servicio del capitalismo internacional — Volin fué acusado a su vez de contrarrevolucionario por los dictadores comunistas y encerrado en las cárceles de la "checa" con varios centenares más de anarquistas que no aceptaban el absolutismo de la comisariocracia.

El Volin teórico y propagandista, el soldado de la revolución, el voluntario en el ejército rojo para combatir en el frente a los ejércitos blancos, pasó a ser el "bandido Volin", por obra y gracia de la calumnia bolchevique. Y como todos los anarquistas que permanecieron fieles a sus principios, Volin sufrió las consecuencias de la "checa" y sólo consiguió la libertad a cambio del destierro.

Volin está actualmente en Berlín, en compañía de otros compañeros expulsados u obligados a huir de Rusia, y desde la capital alemana nos envía la carta que publicamos a continuación, la primera de una serie que publicará sobre los acontecimientos de Rusia y que a la vez servirá de introducción a importantes trabajos teóricos. Los compañeros juzgarán por sí mismos el valor de estos

¿Por dónde comenzaré, amigos míos? Se ha vivido tanto, se ha pensado tanto, se experimentó tanto durante estos años tempestuosos y sobrenaturales... ¡Y de qué modo se ha vivido, de qué modo se ha pensado, de qué modo se ha experimentado! Con todo el corazón y todos los pensamientos, con todos los nervios y el espíritu, con todo el ser y la sangre... ¿Por dónde debo comenzar?...

Ciertamente, esperáis de mí mucho de nuevo, muchas cosas interesantes e importantes, mucho de extraordinario. Buscaréis en estas líneas algo nuevo y ex-

formando legiones de vanguardia. Se es obstáculo o contrapeso en la marcha, cuando se hace derroche de dialéctica, se discute la forma y no se ataca rudamente el fondo.

Toda causa resulta grande cuando la mueve un deseo reivindicador, y sus medios son siempre legítimos cuando no contradicen sus fines. En la fragorosa lucha del momento, el anarquismo destaca más alto su oriflama de guerra, cuanto mejor sabe interpretar esta lucha.

Aun durará mucho la contienda antes que los hombres nos sintamos hermanos. El privilegio, no la razón, nos dividirá. La fuerza nos tornó esclavos, la fuerza nos emancipará. Y esta no será nunca patrimonio de una fracción o partido; es privilegio exclusivo del pueblo. Procuremos que la emplee y que la emplee bien.

José M. ACHA

cepcional. ¿Pero no engañaré vuestra esperanza? ¿No os desilusionaré?...

Yo soy como un viajero escapado milagrosamente de una terrible tempestad y lanzado — solo y maltrecho — sobre costas extrañas e inhospitalarias, no teniendo lugar donde reposar mi cabeza ni cubrir mi desnudez, arrancado del país y de los ecos de la lucha, de los libros: mis amigos, y de los amigos: los luchadores... Todo lo que me era sagrado ha sido barrido por la tempestad, dispersado por los vientos, llevado por el torrente. Yo mismo debo reunir, trozo a trozo, para reconocerme...

Podría yo ahora — abandonado en el extranjero y privado de todo — podría decir palabras nuevas, palabras necesarias, palabras que tengan un sentido, palabras que puedan guiar vuestro pensamiento hacia un nuevo camino? ¿Podría hallar, además, esas palabras? ¿Podría ayudaros a saciar vuestra sed espiritual? ¿Podría llegar a vuestros corazones para comoverlos?

¡Oh, mis hermosos sueños pasados, mis fuerzas no agotadas, mi palabra no extinguida! Mi corazón se desborja... Y se que debo decir todo lo que he visto y quería decir antes, todo lo que he visto y comprendido ahora, todo lo que vive en mí — desde hace mucho tiempo, mi cho tiempo... Pero ¡sabré, podré, tendré tiempo de construir mi altar y de encender mi llama sagrada? ¡Sabré, amigos, justificar vuestra espera?

Comencemos por el hosanna a la tempestad ¡comencemos por el hosanna a la revolución!

Si, os quiero cantar el canto de la victoria. Quiero que entre vosotros repercutan como nunca los himnos de alegría!

Porque, amigos, la Anarquía ha ganado una gran victoria. ¿Una victoria, la Anarquía? Eso asombrará. Pero a decir verdad, es con el fin de la revolución. La revolución ha muerto. La revolución no ha llegado a su fin, no ha dado la tierra prometida... Para decir la verdad, los anarquistas no estuvieron a la altura de la situación. Los anarquistas no pudieron apoderarse de las circunstancias... Los anarquistas están vencidos... Verdaderamente: "Una victoria como esa, y del anarquismo..."

Si, sí... Oigo. Yo sé... No os apresuréis. ¡No he escrito yo mismo en los primeros tiempos de la revolución, que si la acción era dirigida por la política, la autoridad y la organización de nuevos gobiernos, no saldría nada de la revolución — y que ésta perecería? Si, y para todos nosotros ¿no estaba esto claro antes?

Pero ¿no he escrito entonces que la acción ¡ay! sería, dirigida segura e inevitablemente por este camino? ¿No he previsto la inevitable — y quizá mas o menos prolongada "victoria", no de la revolución, sino de los elementos de la Izquierda, social-democracia, "revolucionarios marxistas", bolcheviques? ¿No he dicho que como resultado de la lucha política — lucha por el poder — adquirirían seguramente ventajas y llegarían a adueñarse de la nave del Estado?

Yo lo he previsto, escrito, dicho, — preoiga, claramente.

Por tanto la falta de éxito de los anarquistas y la victoria de los bolcheviques

no era para mí ni imprevisión ni deslucimiento. He previsto eso y otras cosas. Y todo lo que he visto en la revolución rusa ha confirmado — clara y puramente — mis concepciones y previsiones. (Advertiré al respecto: este informe a priori de la situación ha sido probablemente una de las razones que me permitieron conservar mi rumbo en la tempestad y permanecer tal como era, cuando otros no supieron hacerlo...)

Reflexionad ahora seriamente en mi opinión.

Prever la "victoria" de los bolcheviques significaba prever todo el desarrollo lógico de la "revolución bolchevique". Significaba prever que los bolcheviques arrastrarían las masas, dominarían la revolución, se apoderarían de toda la máquina gubernamental, formarían un gobierno, establecerían una dictadura de partido y de individuos, instaurarían una policía civil y secreta, obraría, censuraba, introducirían la inquisición y el terror, destruirían la personalidad, matarían toda iniciativa, llenarían las prisiones, aplastarían todo y a todos, y naturalmente, se desembarazarían de los anarquistas...

Y en efecto, he previsto lo inevitable de todo eso.

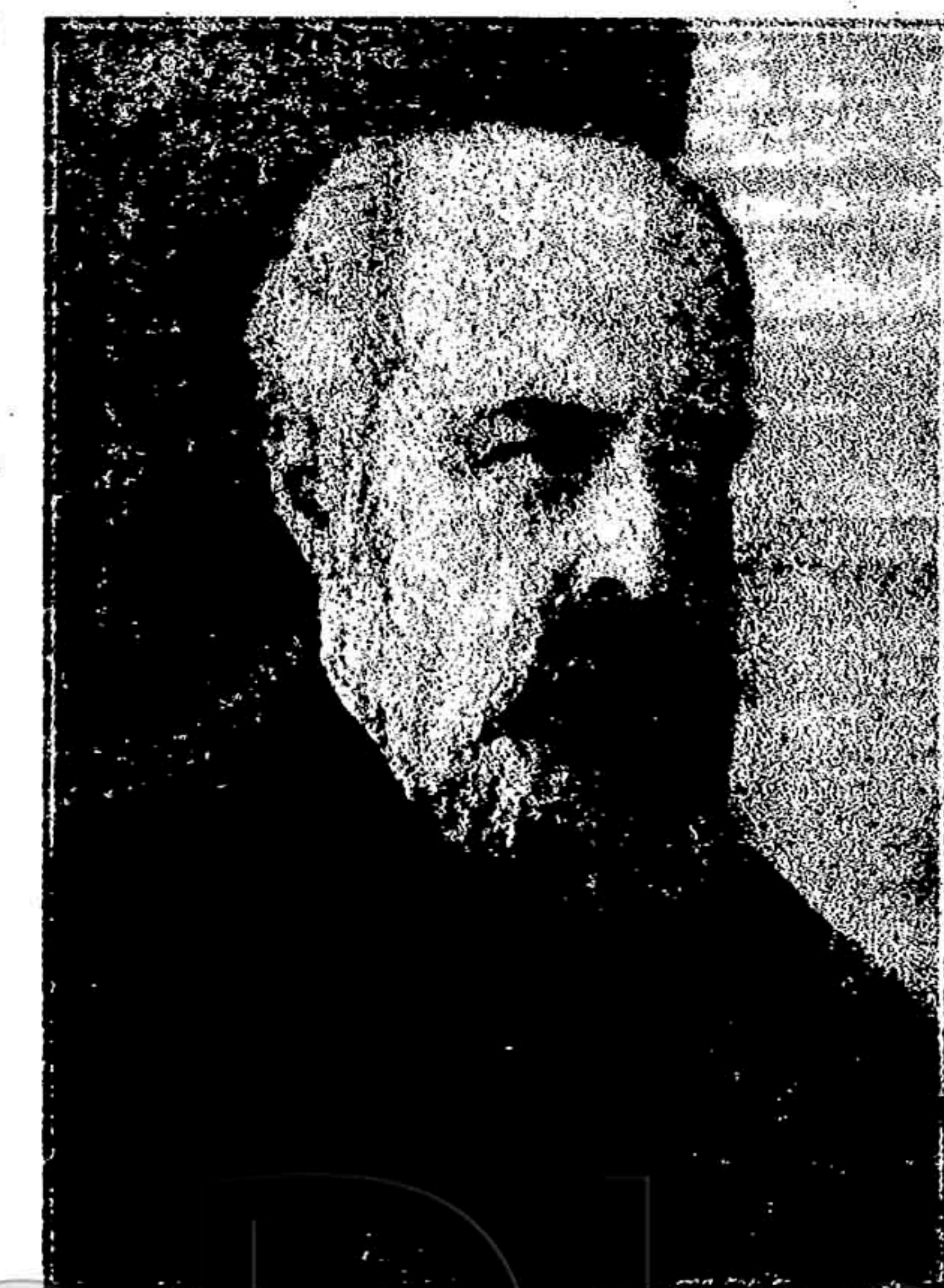
Ya durante la revolución, los camaradas se equivocaban al llevar exclusivamente su atención sobre los factores negativos parciales, atacándolos furiosamente y criticándolos sin profundo esclarecimiento, sin indicación clara sobre la estrecha dependencia lógica de todos estos factores en el conjunto de la marcha de los acontecimientos, en la dirección tomada por la revolución...

Los bolcheviques citaban esos ejemplos de crítica menuda, para gritar hipócritamente contra los "críticos huecos", los "ataques demagógicos vacíos" de los anarquistas, etc... No hay que decir que ellos desataban aun menos una crítica de conjunto, constante y clara. Sin embargo más de una vez la ocasión les era favorable para estas acusaciones hipócritas y las utilizaban ampliamente.

Por otra parte, a menudo — y todavía ahora — los anarquistas, acercándose más o menos a los bolcheviques, aseguran, como estos últimos, que efectivamente sólo son malos los individuos y ejecutores, las acciones parciales, que hay "defectos del mecanismo", que estos "defectos" deben ser "sobrepasados desde dentro", etc., pero que todo el mecanismo, en su conjunto y su generalidad, era únicamente posible, regular, indispensable y que era justamente así como había que "hacer la revolución". Y acusan a los otros anarquistas "incorruptibles" de mala voluntad criminal, de no comprender la situación, de limitarse a una "crítica demagógica", de no ayudar a la autoridad soviética, por su participación orgánica, a "combatir interiormente".

Aquí se oculta — es ocasión de decirlo — uno de los grandes puntos oscuros sobre los que deberé detenerme más adelante.

He dicho a menudo a los camaradas que su método de crítica es profundamente erróneo y estéril; para obtener grandes resultados, nuestra crítica debe siempre dar a las cosas una claridad general; debe plantear la cuestión en toda su complejidad; debe claramente indicar y acentuar que de dos cosas una, o todo el camino, en su conjunto, es realmente sincero, posible únicamente e históricamente indispensable — y entonces todo factor negativo debe ser "adoptado" por nosotros como un mal temporal del cual nos desembarazaremos poco a poco



VOLIN

— o todo el camino, en su conjunto, carece de sinceridad, no lleva al fin anhelado, no es históricamente indispensable ni es únicamente posible, — y entonces este mismo camino y todos los factores que le están asociados son estúpidos, inútiles, estériles, verdaderamente horrosos, peligrosos e inaplicables. Nuestra crítica — decía yo siempre — debe de mostrar claramente que todo el camino "bolchevique" es completamente falso, inútil, estúpido, peligroso, y por lo tanto, inevitablemente erróneo; nosotros debemos aquí mismo trazar otra vía a la revolución... No es sino por este medio que se puede dar al pensamiento crítico un serio impulso hacia la realidad de los acontecimientos.

Por consiguiente, yo he propuesto siempre — antes y después — plantear y resolver la cuestión, y yo mismo la planteaba y resolvía, de todo el camino en su conjunto, con todas sus consecuencias lógicamente inevitables.

De las concepciones que me permitieron examinar el camino seguido hasta hoy por la revolución rusa y las consecuencias desgraciadas de ese camino; luego, suponiendo ese camino concretamente inevitable, por qué no lo consideraba ni sincero, ni indispensable históricamente, ni únicamente posible y por consiguiente, consideraba necesario no "combatir interiormente" sus defectos, sino al contrario, luchar idealmente con toda nuestra fuerza y energía contra todo ese rumbo, de todo esto, hablaré en estas "cartas" como en otros trabajos, en relación con las numerosas cuestiones fundamentales y capitales de nuestro movimiento.

En este momento nos preocupa otra cuestión.

Previendo lo inevitable del camino

"bolchevique" y sus consecuencias — ¿qué podría yo, amigos, reservar para la anarquía?, ¿qué resultados, qué éxitos, qué primeras "victorias" podía esperar para ella?

No podía contar — y no he contado — fuertemente, sólidamente, más que con una sola cosa: que la sinceridad interior del anarquismo, su poder ignorado, su profunda verdad se confirmarían clara y definitivamente, — brillarían, en fin, por sus rayos de vida. Por eso yo desconfiaba que el último muro que ocultaba el sol se derrumbaría, que el fracaso de las ideas político-gubernamentales, el fracaso del comunismo maximalista desembarazaría y abriría por fin el camino a una amplia recepción de las ideas anarquistas y por consiguiente, a la acción fructuosa de las masas en el porvenir. No esperaba más para comenzar. No contaba, por el momento, con una gran victoria.

Veréis a continuación por qué pensaba así. Veréis también por qué todo eso no me ha impedido cumplir hasta el fin mi deber de anarquista y de revolucionario. Comprenderéis entonces bien por qué he puesto entre paréntesis cuidadosamente el "fracaso" de los anarquistas y la "victoria" de los bolcheviques. Y esta claridad tendrá una gran significación para vuestras deducciones definitivas; de otro modo, naturalmente, no habría promovido estas cuestiones.

Pero, desde ahora, después de lo que acaba de decirse, — reflexionad, amigos, y decid: ¿no tenía yo razón al afirmar que el anarquismo ha obtenido una gran victoria en la revolución rusa?

En nuestro medio — en Rusia — se habla mucho ahora de la "crisis del anarquismo" y de los defectos de los anarquistas. Están bastante difundidos allá

los tipos de "anarquistas" que contaban su vida en los vestidos y con ceniza. Ambulaban con el rostro entristecido, con trágicas sobre las cejas, no una respuesta de lo alto, ellos no comprendieron ni la profunda verdad del anarquismo, ni por qué jamás bajo sus pies una base anárquica sólida y han perdido actualmente el débil bagaje que poseían antes. Y, acomilados por los vientos caprichosos de la revolución, estos vientos del anarquismo, tanto se lanzan en los brazos atractivos de la gran pecadora bolchevique, como, no llegando hasta el abrazo, retroceden, espantados y decaídos, se paran en medio del camino, corren nuevamente hacia la anarquía y nuevamente plantean sus cuestiones incomprensibles.

Ahora, diré directamente: personalmente no veo ninguna "crisis del anarquismo". Se puede hablar de la crisis del marxismo revolucionario, cuyo ensayo definitivo se derrumba actualmente con un furioso crujido internacional... Los bolcheviques pueden decir: otra "victoria" más, — pero del bolcheviquismo no quedará nada. La obra anarquista, por tales y tales razones, no se ha realizado aun en esta revolución y no ha podido, pues, llevar las ideas ni a una encarnación concreta ni a su crisis.

Oh, ciertamente, el anarquismo tiene mucho que aprender en la revolución rusa. El anarquismo tiene daños que exigen una reparación, vacíos que exigen ser llenados. En el anarquismo hay algo que volver a pensar, a revisar y a revalidar. (Sería extraño si, no lo hubiese). Es claro que la revolución dió un fuerte impulso a esta obra de revalidación. Pero de esto a la "crisis" hay larga distancia. Sólo los "arrepentidos", y los "anarquistas" extraviados, enloquecidos, pueden plantear esta cuestión de la "crisis".

Por tanto, no veo "crisis del anarquismo". Pero, sin duda, existe una "crisis de los anarquistas" en Rusia. Este último hecho es muy natural. El anarquismo no pierde gran cosa con ello. Una vez más, desde el comienzo de la revolución, me aconteció suponer que — en relación con los hechos futuros — muchos "anarquistas" se perturbarían y se irían de nuestro lado. Esto, realmente, ha sucedido. Pero, entonces, y ahora, no encuentro, y no encuentro, nada de grave...

Es verdad, los anarquistas han sido, en muchas circunstancias, débiles, instables, no tuvieron preparación. Es verdad, existían en ellos debilidades, faltas, y defectos. Pero lo mismo sucedía, y en tan gran cantidad, entre los bolcheviques; en suma, no podía ser de otro modo y, después de todo, no es una preparación y una fuerza especiales lo que condujo a los bolcheviques a la "victoria". Ciertamente, no había muchos fuertes y enérgicos. (En general, hay pocas fuerzas enérgicas sobre la tierra...). Claro está que las circunstancias han jugado un claro papel y nos será necesario hablar de ellas todavía... Pero las causas de la esterilidad de la revolución, ¿consisten en eso? El anarquismo, ¿fue demolido por eso? ¿Se ha demostrado su incapacidad para vivir?

¿Y si los anarquistas se hubiesen mostrado más fuertes, más enérgicos, mejor preparados? ¿Si hubiesen cometido menos errores? ¿Habrían terminado de este modo el asunto? ¿Habría seguido la revolución por otro camino?

Seguramente, no, las razones por las que la revolución ha seguido una senda

determinado, razones múltiples y complejas, son mucho más profundas que la "no preparación" de los anarquistas y la "preparación" de los bolcheviques. Nos queda el trabajo de profundizarlas seriamente... Tengo en este momento en la mente una de esas razones — y no lo menor — en relación con el contenido de la presente carta.

Las masas humanas contemporáneas (y con raras excepciones, los individuos aislados, viven todavía como los niños: no saben, no pueden guiarse por juicios, principios e ideas abstractas; no se les ocurre la idea de vivir, de obrar de un modo o de otro, en virtud de tales o cuales pruebas y deducciones razonables; no estudian las concepciones teóricas, la ciencia, los libros, los pensamientos. Y dónde pueden — las masas humanas contemporáneas — hallar el tiempo necesario para educarse y habituarse, para aprender a obrar y a ver según las conclusiones del pensamiento teórico y educador? Es ya algo magnífico que — bajo el influjo del progreso económico, técnico y, en general, social — haya pasado el tiempo en que las masas podían ser guiadas por la fe religiosa, fe ciega e ingenua... y está todavía lejos de nosotros la época en que el libro se convertiría en el maestro general de la vida, en que la masa se guiará por una ciencia pura, una idea pura, una previsión teórica consciente... Oh, mucho tiempo antes de esto deberá realizarse la revolución social: ¡porque es ella solamente la que abrirá resueltamente la puerta de ese noble porvenir humano!

En la actualidad, las masas tienen necesidad de lecciones vividas para sus investigaciones y sus luchas. La vida turbulenta, la práctica de las cosas, el ejemplo palpable, la experiencia directa las educan... La frente contra el muro y una magulladura en la frente: he aquí lo que es convincente e instructivo para las multitudes contemporáneas... No se puede, es verdad, cambiar rápidamente este estado de cosas. (Notaré, al pasar, que en relación a la capacidad creadora y organizadora de las masas, esta situación no tiene ningún ligamen y que sería un burdo error — resultado de la irreflexión — sacar conclusiones pesimistas en lo que se refiere al anarquismo. Trataré después la cuestión de las masas y su papel en la revolución).

Las ideas anarquistas han sido explicadas, desarrolladas, difundidas durante 40 años — es verdad que con dificultad y no bastante ampliamente. Los anarquistas han probado durante 40 años, con una asombrosa claridad, que no saldría ningún beneficio de la experiencia de una revolución de partido político-gubernamental y del "comunismo" consecutivo. Pero, ¡ay!, sin experiencia viva, sin lecciones vividas y sufridas, las grandes masas no podían conocer la verdad. Era preciso que, con ayuda de circunstancias favorables, de la coerción monstruosa, de la presión y de la hipocresía, los bolcheviques hicieran su experiencia histórica para que las masas dieran con la frente en el muro, comenzando seriamente a comprender toda la debilidad, toda la esterilidad, todo el horror de una revolución semejante.

Si, esta experiencia debía ser hecha absolutamente en un país o en otro. Era preciso pasar por ese suceso inevitable, por esa experiencia. Esta lección debía ser recibida... Y Rusia se encontró en las mejores condiciones para ello... Actualmente, esa experiencia está viva. ¿Queda atrás, amigos! El último obstáculo cayó. El último muro se ha

derrumbado. La última bestialidad fue aclarada. La última mentira fue descubierta.

Como había que esperar, el tren gubernamental del "comunismo" que nos ocultaba el horizonte ha caído del terraplen y la vía directa hacia el objetivo final se abrió ante nuestros ojos... Es verdad que esta vía está obstruida aun por los escombros, por la suciedad, por los mutilados, por los cadáveres... Pero ahora no será tan difícil purificarla... He ahí por qué, amigos, hablo de la gran victoria del anarquismo.

Ciertamente, no es todavía más que la primera victoria; victoria más bien moral que real, más bien indirecta que directa. Pero es, sin embargo, una victoria. La victoria siguiente, real, de la anarquía, no será necesario demostrarla. Hablará por sí misma. Nos abrirá la entrada hacia la tierra prometida... Por consiguiente, adelante, adelante,

El problema ruso visto por un hombre de negocios



El doctor FRIDJOF NANSEN, uno de los promotores más desinteresados de la campaña para salvar a los hambrientos de Rusia.

(1) Also, it must arrange matters so, it will make, if docs make anything, its hundreds per cent in profits, to offset the risk.

"The Financial-News" of Chicago.

(1) Además, deberá arreglar las cosas de modo que, si logra obtener alguna ganancia, sea, por lo menos, de cien por cien, a fin de tener una compensación por los riesgos.

"The Financial-News"

El acapite en inglés que aquí se ve y cuya traducción damos a continuación, es un extracto fidedigno hecho de un sesudo estudio que sobre el problema ruso publica una revista financiera norteamericana.

El corresponsal de dicha revista, después de haber permanecido en Rusia unos diez meses, intenta hacer un resumen de la situación por la cual atraviesa ese país. Por cierto que en sus comprobaciones no peca de sentimentalismo.

Con la mayor sangre fría, hace notar que Rusia está minada por el hambre, el cual no será remediado, ni si todas las naciones juntas, durante un año enviarán todos los meses diez vapores cargados de víveres.

amigos, — bravamente, animosamente, seguramente. A la obra — todavía con más calor, todavía más amistosamente, todavía con más alegría... ¡Por el grande, necesario y serio trabajo!

Si, no hemos todavía llegado a la tierra prometida. Nosotros, los humanos, no somos aun dignos de ella. Nosotros, anarquistas, deberemos aun trabajar mucho para llegar a ella. Pero hemos saltado por encima del primero, del más grande obstáculo. Nos hemos acercado a la tierra prometida. Su esbozo es visible claramente. Y nuestro pecho puede respirar con más facilidad. Y nuestro corazón puede latir más libremente...

Y he ahí por qué termino esta carta como la he comenzado: ¡Viva la revolución rusa! ¡Viva la experiencia realizada!

¡Hosanna a la última tontería humana, puesto que nos estaba destinada!

VOLIN.

Y agrega: "Este terrible flagelo ha devorado ya algunos millones de vidas y antes que pueda ser vencido, probablemente hará desaparecer del mundo de los vivos un millón o dos más de personas".

A continuación pasa a explicarle a sus compatriotas, que, los ciudadanos norteamericanos, yendo a Rusia no corren ningún peligro. Sus vidas y sus propiedades, se hallan a cubierto de todo riesgo. Pues el gobierno de los soviets los protege, y, además, la labor realizada por "The American Relief Administration", es un motivo para que el ciudadano norteamericano sea tratado con de-



Gracias a Dios que nuestra hambre ha dejado de utilizarse para hacer chistes!

ferencia por los habitantes rusos de cualquier clase social y color político.

Siendo esto así, el citado corresponsal llega a la conclusión de que es necesario aprovecharse de la situación privilegiada que gozan allá los ciudadanos del pabellón estrellado, quienes podrán hacer negocios espléndidos, toda vez que se decidan a arriesgar algún capital y de-

jarse de "pequeños escrupulos".

Pero, al hacerlo, deben tener en cuenta el consejo que se halla como acapite en este sueto, es decir: no emprender ningún negocio, sino es con la condición explícita de obtener una ganancia de cien por cien. Hecho este muy posible de realizar, dada la situación desesperante en que se hallan los rusos, quienes no tienen más alternativas que la de comprar las mercaderías norteamericanas o morir.

Por cierto ¿qué Shylock, antiguo o moderno, tuvo mejor oportunidad?

No cabe duda que el "humanitarismo" de los yanquis está siendo uno de los recursos que más pingües ganancias les reporta.

En 1917, cuando se decidieron a intervenir en la contienda europea, su objetivo, según las rimbombantes declaraciones que hicieron, era el de salvar la civilización. Pero, luego, pasada la borrachera que la victoria les produjo a los aliados, éstos bien pronto se dieron cuenta de la trampa en que habían caído.

En efecto, Europa quedaba endeudada con Norteamérica por sumas poco menos que astronómicas, las cuales habría que pagar de un modo o de otro, en cambio del material bélico recibido, muchas veces inservible y cobrado a precios de usura.

Con este antecedente ya podemos imaginarnos lo que los norteamericanos se proponen hacer con Rusia. Por lo pronto, el citado corresponsal declara al país ruso en completa bancarrota y muerto para siempre como nación, diciendo que sólo podrá subsistir como una colonia, la cual será trabajada — por las potencias europeas o la norteamericana.

En consecuencia hace un llamado a sus compatriotas multimillonarios para que comiencen la industrialización de Rusia, empleando, empero, métodos severísimos, draconianos, si es que piensan salvar el capital invertido y lograr ganancias nunca soñadas.

El momento para iniciar las operaciones financieras, es de los más oportunos, pues los grandes capitalistas alemanes aún no han podido obtener ninguna ventaja definitiva y el único comercio que se practica es el del menudeo y el de la usura, sin mayor trascendencia u orientación, que el de revender a mil lo que cuesta uno.

Finaliza, el impagable y delirioso corresponsal, recomendando a sus conacionales que se porten como verdaderos "hombres de negocios", dejando de lado todo sentimentalismo, si quieren

de lado todo sentimentalismo, si quieren triunfar sobre sus adversarios y vencer la batalla económica que las potencias imperialistas han de librar en las vastas estepas rusas y a costa de millones de hambrientos.

Sin embargo, después de todo esto todavía habrá quien diga que los hombres de negocios son útiles a la humanidad.

TÓPICOS SINDICALES

El apoliticismo y el anarquismo frente al concepto de la lucha de clases

El hecho de que existan ricos y pobres, y de que su existencia implique la de explotados y explotadores, y la de tiranos y (trunfados — o viceversa — no justifica sino muy superficialmente la creencia sustentada por los apolíticos de que la humanidad se halla dividida verticalmente en dos. Y si tal cosa admitiéramos dejándonos conducir por las simplistas interpretaciones de engañosas apariencias, tendríamos que convivir con ellos que fuera del problema económico no existe ningún otro mercedor de la atención del proletariado si no sirve para afirmar más en aquella creencia. Tendríamos que admitir que, toda, en la sociedad, en la humanidad y en la naturaleza, gira alrededor de aquel problema pendiente de su influencia. Pero para admitir todo esto, habría que rechazar los valores de orden psicológico, intelectual, ético, estético, o de cualquier otro orden que no sea el meramente económico, colocando nuestra mentalidad, nuestros sentimientos, y nuestras aspiraciones, al bajo nivel de nuestro estómago. Y de colocarnos en este plano — que es desde el que en realidad se proclama y defiende el concepto de la lucha de clases — (por más que se diga que a la libertad o igualdad económica alcanzadas, corresponden, por *recompensa*, las restantes libertades o igualdades necesarias al desenvolvimiento armónico de la especie) cerraríamos los ojos a la realidad, falseando o deformando nuestra mente en su interpretación irreal o arbitraria, facilitando, como consecuencia, la insolubilidad de la cuestión social. Terminaríamos, en fin, por no saber desentrañar, encarar y resolver en forma racional y lógica cuanto interesa a la felicidad humana.

En la civilización que atravesamos sería inconcebible la existencia de dos clases, y por ende toda razón de lucha entre las mismas, de no existir la ley del salario que es la que aparentemente las motiva y separa: regula sus relaciones y supedita una a la otra. Lo extendido y arraigado de estas opiniones hace axiomático para muchos que la abolición del salario dejaría resuelta la cuestión social, y, en especial, el problema económico. Pero lo erróneo de tal apreciación demostrará su inconsistencia ni bien nos preguntemos que ocurriría si mañana mismo una contingencia cualquiera, ajena a nuestras previsiones hiciera posible la total desaparición del salario, y a la vez reflexionamos sobre la organización y cometido de la industria y del comercio; sobre la mentalidad y estado de cultura ambiente; sobre la forma de las actuales relaciones sociales; y, finalmente, sin excluir a los burgueses, sobre nuestras costumbres, caracteres y vicios.

No nos conviene la opinión de que la confusión producida por un hecho así duraría poco tiempo, y que muy pronto terminaría por imponerse la razón, la bondad y la conveniencia del nuevo estado de cosas. Mas bien, por lo contrario, nos inclinamos a creer que ocurriría algo análogo a lo que viene aconteciendo en Rusia. Y esto que resulta deseable para los políticos y apolíticos que por confiar en las reformas, en el centralismo, en la disciplina y en la mágica influencia de su sapiencia directriz, fincan en los bonos de trabajo o en otras invenciones de valor monetario, las futuras relaciones de intercambio, no lo es para nosotros que buscamos en todo organismo el medio de dar al hombre la plena posesión de sí mismo, auspicando en consecuencia, la abolición completa de todo signo que sirva para sujetar, contar, comparar y valorar sus actividades.

Objetar que la conquista de amplia libertad y la implantación de una forma social en que pudiera arraigar y ser favorecido su desenvolvimiento, no es posible sea alcanzada de un solo paso, mediante un solo golpe revolucionario, o por arte de encantamiento, es afirmar la necesidad del reformismo, o caer de lleno en él, contribuyendo directa o indirectamente a que en el seno de la clase

obrero se afirme y desarrolle la nueva clase del funcionalismo dirigente y burocrático — ni mejor ni peor que las viejas clases que vendría a substituir y heredar.

He ahí como una nueva clase asoma en la organización obrera, y logra hacer su aparición al margen de la ley del salario: más aún; combatiéndolo y llevándolo como divisa su abolición. Analizar el absurdo contrasentido que esto importa, nos llevaría demasiado lejos y fuera de lugar. Dejemos por esta causa a un lado esta aberración, y veamos sumariamente cuáles son los factores determinantes de esta flamante clase relacionándolos con los que sirven de base y afirman: la composición, existencia y funcionamiento de las restantes a fin de saber o vislumbrar hasta que punto se diferencian o confunden.

Tomemos para el caso el más consciente de cuantos obreros dejan de serlo para convertirse en empleados de la organización. Por lo general será un obrero inteligente y activo, que trabajó afanosamente por la organización sin que se lo haya visto nunca recibir ningún sacrificio, llegara o no a soportarlos. Por su inteligencia — efectiva o ecclética — por su conciencia, en fin, comprenderá cada vez más y mejor, lo injusto y penoso que resulta ganar el cuotidiano salario bajo el yugo agobiante del patrono, y termina, irremisiblemente, por sentir con vehemencia fugazosa el deseo creciente de eludirlo... y con él el yugo y el patrón. Es entonces que no *repara*, o considera *mejor* abusar de la simpatía y admiración que le tributan sus consocios, ni bien ve llegada la oportunidad, — buscada o casual — de decirles que debido al desarrollo alcanzado por el sindicato, o en su defecto, para que pudiera desarrollarse, se requería la labor constante de algunos de los compañeros activos. Y de esta suerte, cerrando los ojos al precedente que viene a sentar, y a las resultancias morales que de él se derivan, insinúa y aboga por la necesidad de un empleado, que confía ser él, o abriga la esperanza de llegar a serlo en un día próximo.

Llevados de sus palabras, terminarán muchos otros por considerar indispensable el o los empleados, aún sin aspirar a serlo ellos. Cuando esto ocurre, y no tarda después de aquello, es que el mal, repitiendo la negra y sangrienta historia del esclavo que por mollejo o incapacidad elige al amo que ha de mandarlo, empieza a echar raíces, colocando en manos de unos cuantos *privilegiados*, la emancipación del proletariado. Este aserto nos señala como se producen y definen, con todos los vicios de los partidos políticos, esas dos nuevas clases sociales. En efecto, los candidatos a empleo serán, por una u otra causa cada vez más numerosos, y, al igual que ocurre en los partidos políticos, la inteligencia, el desinterés y la honestidad que predominan en los menos, será en la mayoría de los casos, estorbada y vencida por la astucia, por la audacia y por la desvergüenza estimuladora de los mas. Como en los partidos políticos, se combatirán ensafradamente, con todas las armas de la intriga, extendiendo la lucha a sus candidatos e incautos electores; después de averlos dividido en partidarios de este o de aquel candidato, por más o menos avanzado, por más o menos consecuente; pero, sin otro móvil ni resultado, para corregir o evitar todos los males, que el de aumentar el número y las atribuciones del elemento dirigente, lo mismo que sus sueldos e infalibilidad... y la disciplina, obediencia y sumisión de los dirigidos. Estos hechos no importan, fuera de toda duda, el surgimiento de una nueva clase, y, como consecuencia, una nueva lucha de tal género? Por otra parte, no es antes que en el salario, en el egoísmo de bien vivir, en el afán de predominio, en el principio de autoridad y en la ignorancia de las masas en lo que descansa su razón de vida? Y ¿no han sido esas causas, por ventura, las

que originaron la existencia de las restantes clases, o mejor dicho, las que mantienen divididos y en constante lucha a los hombres?

¿Cuántas son, pues, las clases en que se encuentra dividida la humanidad?

¿Qué es una clase y cuáles los límites que la separan de otra? "He aquí el problema".

Si a pesar de los hechos anotados se insistiera en afirmar que la humanidad se encuentra dividida en dos clases antagónicas, llegaríamos a la conclusión de que una de ellas, la que vive a espensas del pueblo, está constituida por elementos de la burguesía, de la política, de la magistratura, del ejército, de la iglesia y de la burocracia sindical; y la otra, la que elige, *alimenta* y defiende a la anterior, (por cuyas causas dejaría de serlo antagónica) lo estaría por todos los que carecen de personalidad o renuncian a ella, otorgando a otros con su voto, con su aprobación o con su pasividad, órganos, hábitos y reglas de autoridad.

Como se ve, la definición no alcanza a los anarquistas, resultando inexacta por tanto, al igual de la afirmación: siempre, claro está, que no se intentara hacer de los anarquistas una nueva clase, en cuyo caso serían ya tres y no dos.

Si de la faz moral, política y cultural diseñada, pasamos a la faz económica, caeríamos en el mismo error, puesto que la *clase media*, de nombre vulgar, surgiría a nuestra vista eslabonando a la clase capitalista y a la clase proletaria, sin pertenecer de lleno a ninguna de ambas, ni sería dado perder las características de una y otra.

Indaguemos, pues, tan sucintamente como sea posible, los móviles que guían los pasos del obrero y del burgués, y los diversos estados de necesidad, cultura y egoísmo que los impulsan, y hallaremos la constatación buscada, la enseñanza necesaria y conveniente.

Empecemos por establecer que la principal preocupación del hombre en todos los regímenes habidos y por haber, ha sido, es y será la obtención de su felicidad personal, de la mayor cantidad posible de felicidad.

Las condiciones deprimentes en que ha caído el trabajo inpropriadamente llamado manual, son aparentemente todo lo contrario de cuanto puede contribuir a la felicidad individual del que lo ejercita, por cuya causa es odiado y rehuido por muchos. Pero muchos otros ven sin embargo en el trabajo, sino su felicidad el medio de alcanzarla; es decir, el medio de reunir una regular cantidad que les permita establecerse y explotar a otros para vivir bien. Mas no olvidemos que muchos de estos, después de haberse sometido a grandes privaciones y sacrificios para ahorrar más o ganar más; después de haber sido habilitados, capacitados, gerentes o simples rufianes; después de haberse establecido y acumular una fortuna que les permitiría distraer la felicidad por ellos anteriormente perseguida, continúan empero *trabajando*; no menos ni, bajo muchos aspectos, lejos del mismo fin, con que trabaja un ministro, un jefe de negocios gubernamentales, un escribiente de una empresa y un empleado sindical. Desde este punto de vista, aunque *intelectuales*, ninguno de los citados dejaría de ser trabajador a pesar de sus diferentes posiciones, funciones y salarios y que el primero lo cobre de sus clientes; los dos siguientes del Estado; del público el otro, y de los obreros el último.

Pero admitamos que frente a los que trabajan por el simple afán de acumular riquezas, por la vanidad de crearse un nombre, o por compromisos contraídos con sus partidos o sus jefes, predominan los que trabajan por amor a la holganza y derivados que proporcionan la riqueza y el privilegio. En este caso la confusión entre obreros y burgueses es aún más pronunciada — planteando a la vez el problema de si el trabajador y obrero debe en el actual régimen significar la misma cosa, en vista de que un vigilante, pongamos por caso, no es un obrero, sin por ello dejar de ser trabajador.

En efecto, como hemos enunciado más arriba, hoy por hoy, el trabajo es, por lo general, soportado cual pesado y maldito fardo, y por esta causa, odiado y rehuido; pero ¿por quién? Por los que se ven condenados a soportarlo precisamente, y nunca por los que lucran con él.

Pero lo triste del caso es que la inmensa mayoría de los que con él lucran, — los burgueses — son o han sido trabajadores, y que otra gran mayoría de los que todavía lo son, no es por falta de intento o de abrigar la esperanza de serlo algún día como medio de lograr su felicidad personal. ¡Y cuantos de estos no moran en los sindicatos! ¡Cuántos otros no crean hallar su felicidad al servicio incondicional del vicio, de la burguesía y de la patria; identificándose en ideas, sentimientos y procederes, con sus explotadores.

Es por la felicidad, pues, que los hombres luchan. Es por interpretarla de distinto modo que se dividen. El número y la definición de las clases que de ello resultan la hallaremos en el siguiente profundo diálogo que Fenelón pone en boca de Ulises y de Grillus, este convertido en cerdo por Circo.

Ulises — Por poco corazón que tengas, serás dichoso volviendo a ser hombre.

Grillus — No lo intentaré. El oficio de cerdo es mucho más lindo.

Ulises — ¡Tal vileza no te horroriza! ¡Si no vives más que de basura!

Grillus — No importa. Todo es cuestión de gustos.

Ulises — ¡Es posible que tan pronto hayas olvidado cuanto de noble y de ventajoso tiene la humanidad!

Grillus — No me hables de la humanidad; su nobleza es puramente imaginaria.

Ulises — Pero no tienes en cuenta la elocuencia, la poesía, la música, la ciencia.

Grillus — Mi temperamento de puerco es tan dichoso, que me eleva sobre todas esas cosas bellas. Prefiero gruñir a ser elocuente como tú.

Ulises — Declaro que no puedo admirarme lo suficiente de tu estupidéz.

Grillus — Es natural que un cerdo sea estúpido. Cada uno ha de conservar su carácter. ¿?

Y acota Paul Gille: "Grillus, lo mismo que nuestros amoratistas, no es amoratista, tiene una moral... de cerdo."

José de Córtes

El manzano y el muérdago

Fábula de Carriere

Un manzano maduraba sus frutos, dejando luego que cayeran al suelo. Recogidos por los transeúntes, unos loaban sus cualidades, y otros las depreciaban; éstos, ahitos los bolsillos, los hacían servir de proyectiles, aquéllos los rechazaban sencillamente con la punta del pie. Nadie, empero, paraba mientes en el manzano. El muérdago encaramado sobre las ramas del árbol, asistía a esas escenas y disgustado por la ingrátitud de los hombres, le dijo al manzano:

— ¡Qué estúpida debilidad es la tuya cuando no cesas de madurar manzanas para gente tan ingrata! ¡O es que eres un ser de una generosidad sobrenatural, incomprendible, absurda? Por mi parte, prefiero mi naturaleza. Ella me deja mis frutos, y si yo no soy útil a nadie, por lo menos, no tengo que irritarme contra los desagradecidos.

— Me juzgas mal; — respondió el manzano, — yo no merezco ni tus críticas ni tus alabanzas. Mi razón de ser, es la de dar manzanas; si yo cesara de producir, mi vida se extinguiría. Yo ignoro el destino de mis frutos. Solo mi existencia me interesa y, hecho para dar, doy. Tu mismo, abrazado a mi tronco me entregas la vida y no te aporribes. Continúa en tu indiferencia, y deja que hasta mi muerte cumpla con la misión impuesta por la naturaleza.